

Stefan Zweig, por el camino de Tolstói

Perseguido por un régimen nazi que lo empujó al exilio, Stefan Zweig buscó consuelo mirándose en la crisis vital de otro gran escritor, Lev Tolstói, cuyo pensamiento desgranó en "Tolstói, pensador radical", un ensayo inédito que Errata Naturae incluye en el volumen *La revolución interior*, también con textos desconocidos del ruso, que llega a librerías el próximo día 11.

Hijo ilustre y paradigmático de una generación que hizo de la cultura, una cultura destilada durante generaciones, su manera de posicionarse en el mundo, Stefan Zweig (1881-1942) fue el perfecto intelectual de comienzos del siglo XX en cuyas obras late un eco de derrumbe paralelo a la lenta ruina de Europa. El fin de aquel sueño de progreso social e intelectual iniciado en el siglo XVII, que prometía acabar con el sometimiento religioso y político, adopta la forma de una pesadilla totalitarista que sacude las mentes pensantes de las primeras décadas del siglo XX.

El imparable ascenso del nazismo hace de Zweig un proscrito, prohíbe sus libros y le empuja a un exilio errante y al convencimiento del fracaso del proyecto ilustrado, de la futilidad de la literatura para enfrentar el horror. Por eso, más allá de sus no-



velas y su descorazonador y póstumo epitafio *El mundo de ayer*, la literatura de Zweig se tornó en estos años en una búsqueda incansable de comprensión, de inteligibilidad del sinsentido en el que se convirtió Europa en aquellos oscuros años 30. Mientras contemplaba el naufragio del continente con un cuaderno en la mano izquierda y un frasco de cianuro en la derecha, el escritor volvió los ojos a las grandes figuras de las letras del pasado como Erasmo, Balzac, Dickens, Stendhal, Dostoievski, Hölderlin, Nietzsche, Montaigne... Y destacando entre todos, Lev Tolstói.

Un viaje al pasado a través de otros para narrar indirectamente su propia existencia. “Hablar de uno mismo en el trazo indirecto de la ficción, en el terreno siempre ajeno del relato, la fábula o la investigación erudita. En este difícil arte de la fuga y la finta, Stefan Zweig fue siempre un maestro”, asegura el doctor en Filosofía Iván de los Ríos en el prólogo del libro *La revolución interior* (Errata Naturae), un conjunto de textos que rastrea la inmersión que hizo Zweig en el corpus tolstoiano. “Atravesó su pensamiento con el deseo inconfesable de encontrar fragmentos de sí mismo y reconstruir con ellos un mapa del alma. De encontrar el camino de vuelta a casa y no morir desterrado”.

PENSADOR INÉDITO Y RADICAL

Apoyándose en extractos de las obras y relatos de Tolstói, el escritor austriaco sublima el pensamiento y la evolución vital del ruso hasta plasmarlo en el ensayo “Tolstói, pensador radical”, nunca traducido a nuestra lengua. A simple vista, este texto

podría pasar por un ensayo crítico sobre la vida y la obra de uno de los más grandes novelistas de todos los tiempos, pero es mucho más. Estableciendo una mimesis con su propia situación, Zweig, que cuando redacta estas páginas en 1937 ya es un vagabundo apátrida, trata de aferrarse a la experiencia de Tolstói como remedio para sí mismo. Así, escribe su texto incidiendo en un instante crítico en la vida del gran novelista: un cataclismo existencial que le conducirá lenta, progresiva y obstinadamente del *taedium vitae*, a la búsqueda de Dios, la crítica del Estado, el anarquismo y la revolución pacífica del alma humana.

En la cúspide de su fama,

EL SUICIDIO DEL ESCRITOR AUSTRIACO EN BRASIL FUE EL REVERSO DEL ESTOICISMO CON EL QUE TOLSTÓI ENCARÓ EL FINAL DE SU VIDA

con sus dos inmortales novelas (*Guerra y Paz* y *Ana Karenina*) ya publicadas, una economía saneada y una vida familiar plena, Tolstói entró en una profunda depresión que él mismo no supo identificar. “La vida se detuvo y se convirtió en algo inquietante”, reconoce el autor ruso en *Confesión* (1886), libro inmediatamente prohibido por la censura zarista. “Sería absurdo buscar un nombre para la convulsión que convirtió a Tolstói en un cavilador meditabundo y en un pensador, en un maestro de vida. Un estado climatérico, tal vez, miedo a la vejez o a la muerte”, especula Zweig. “En cualquier caso, pertenece a la esencia espiritual de todo ser humano y, sobre todo, a la del artista, intentar superar sus crisis internas”.

Afortunadamente Tolstói se sobrepuso al malestar —“yo,

hombre dichoso, me ocultaba la cuerda para no ahorcarme, y no iba de caza para evitar la tentación de deshacerme de la vida con mi escopeta”, escribió— y demostró que su vigor literario era más fuerte que cualquier otra cosa elaborando una compleja indagación sobre la vida. Como haría años después su epígono austriaco, profundizó inútilmente en todas las ramas del arte, la ciencia y el pensamiento para hallar, sin encontrarla, respuesta a las más sencillas preguntas: ¿por qué? y ¿para qué? “Ni siquiera anhelaba ya el conocimiento de la verdad, pues adivinaba en qué consistía. La verdad es que la vida reside en un sinsentido”, escribió el conde.

La razón llevó a Tolstói a concluir que la vida era absurda, —“Mi vida es una broma estúpida y cruel que alguien me ha gastado”, decía— y aquí, en este desasosiego, reside la clave del hermanamiento entre los dos grandes escritores. En estos textos, Zweig narra con belleza y precisión el desgarrador viaje de un hombre que parte en dos su vida para lanzarse a una ineludible exploración del sentido último de todas las cosas. Exploración a la que el austriaco quiso aferrarse para aguantar un poco más, para demorar ese mirar atrás que finalmente le encontraría pocos años después en una cama de Petrópolis.

Y es que este viaje a la autenticidad de la existencia tuvo un distinto final para discípulo y maestro. Tolstói descubrió que no hay forma de existencia más excelsa que la beatitud construi-

da en el interior del alma humana mediante una revolución pacífica y moral. Como “el saber le ha sido denegado, busca una fe e implora: ‘Señor, regálame fe y permíteme ayudar a los demás a encontrarla’”, apunta Zweig. Y con ello, crea un revolucionario sistema vital y de pensamiento. “Ningún autor contemporáneo, ni siquiera Marx o Nietzsche, dio lugar a la conmoción radical que supuso la obra de Tolstói para millones de personas en todo el mundo”, afirma el vienés

UN TRÁGICO REVERSO

Zweig, que había sufrido en sus carnes el poder destructor de un Estado criminal como el nazi, fue incapaz de sustraerse a las palabras del genio ruso, a ese Tolstói radical e insoportable que atacaba al Estado como el poder fáctico más diabólico, protector y promotor de la injusticia, la desigualdad y el enriquecimiento de las élites.

El escritor austriaco había probado también todas las aguas del conocimiento pero fue incapaz de asomarse a una última fuente: la fe. Más cínico y refinado, más imbuido de la modernidad del siglo XX, y sumido en un exilio no interior sino real, rechazó la esperanza tolstoiana en un futuro mejor. “Comenzar de nuevo requiere fuerzas inusuales, y mi propia fuerza se ha gastado al cabo de años de andanzas sin hogar. Prefiero, pues, poner fin a mi vida en el momento apropiado”, escribió en su nota de suicidio.

Ese suicidio del vienés en Brasil, sumido en la más absoluta depresión, es el trágico reverso del inspirador estoicismo del gran novelista ruso, que no fue suficiente para salvar a Stefan Zweig. **ANDRÉS SEOANE**